

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id... 11 »
 Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Octubre y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 31.

REGALO Á NUESTROS SUSCRITORES.

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1871.

Está en prensa y pronto saldrá á luz con más de veinticinco caricaturas nuevas, artículos, versos, epigramas, cuentos, aires nacionales y extranjeros, melodías católicas, matrimonios civiles y otras novedades de la estación.

Deseando muchos suscritores tener juntitas y hablando solas las caricaturas revolucionarias, se las daremos en este Almanaque.

En fin, nos desvivimos por hacer del Almanaque de Gil Blas el gran aliviador de las penas que la interinidad causa á las imaginaciones que tienen acaparado su candidato al trono.

Y ¡cosa increíble! un Almanaque de tanta chispa (se murió mi abuela), un Almanaque tan apetitoso, se da gratis... á los suscritores de Gil Blas.

Si Bismark lo supiera ya estaría suscrito.

Vosotros ¡oh españoles de la ó contra la revolución! no perdais esta ocasion propicia, porque dos meses más tarde suelen darse casos de suscribirse un ciudadano, pedir el Almanaque, y oír de los labios de nuestro administrador esta frase desconsoladora:

—Caballero, ya se han acabado.
 Para evitar ese golpe terrible conviene adelantarse, teniendo presente esta

ADVERTENCIA.

El ALMANAQUE DE GIL BLAS para 1871 se repartirá en el próximo noviembre, y todos los suscritores lo recibirán gratis, así como los que se suscriban de nuevo, siempre que lo hagan de tres meses para arriba.

¿Me ha comprendido Vd.?

Crónica.

Coronas de siemprevivas, fúnebres crespones y tristes ornamentos se ofrecen á la vista del transeunte; los empresarios de nuestros coliseos preparan ya las tres representaciones obligadas de Don Juan Tenorio, y comienzan á reinar la animación y la vida en los pasillos del Congreso. Se acerca el día de los difuntos, y, como es natural, es necesario que hablemos de las Cortes Constituyentes y del ministerio de conciliación. El pueblo de Madrid, que reparte por igual su cari-

ño entre las viejas tradiciones y los nuevos acontecimientos, consumirá número no escaso de buñuelos, y se propinará, á guisa de digestivo, la noticia grata de que el ministerio ha caído: ¡cuántas emociones para un solo día!

En el templo los oficios, los llantos en el cementerio, en el campo las castañas asadas, en la población la crisis, y á más de todo esto, y sobre todo esto, la esperanza lisonjera de que, al fin y al cabo, está en lo posible que pronto ó tarde nos salga un rey, de cuyo hallazgo empezábamos á desesperar.



Decíase, si bien nadie daba crédito á esta noticia, que el ministerio presentaría una especie de memorandum explicando su conducta en estos meses de vacaciones: no diré yo que, en efecto, la conducta del ministerio no haya menester explicaciones para su justificación; pero afirmo y sostengo que nosotros los españoles para nada las necesitamos, ya que nada podríamos hacer con ellas; por eso digo que el memorandum me parece ocioso; el gobierno, pues, ha procedido muy cuerdamente al renunciar á tal propósito.

A bien que, con memorandum ó sin memorandum, ya sabemos todos á qué atenernos. El gobierno ha hecho sencillamente lo que le ha parecido bien, y yo le alabo el gusto, porque al fin, ó es uno gobierno ó no es gobierno, y si el ser ministro no ha de dar derecho para hacer uno su santísima voluntad, por Dios que no vale la pena de fatigarse y de trabajar tanto para serlo.

Triste cosa es que un patriota desinteresado, un verdadero amigo del pueblo, arrostre peligros, sufra privaciones, gima en la emigración, padezca en sus intereses, y conspire, y se agite, y exponga cien veces su vida, y cuando, consumida su hacienda toda y gran parte de su existencia con esta penosa tarea, toca ya el logro de sus aspiraciones, se vea en el caso de dar explicaciones á todos sus conciudadanos, entre los cuales habrá de seguro—y no serán los que menos griten—muchos que gozaban mientras él sufría, que permanecían tranquilos mientras él huía inquieto, ocultándose con cuidado.



Ya sé yo lo que me dirán: ¿pues no he de saberlo? lo mismo que si lo oyese; me dirán que aparecen aquí mezcladas y confundidas dos cuestiones muy diferentes. La cuestión de recompensar servicios prestados y el difícil trabajo de gobernar la cosa pública. Porque, eso sí, á primera vista parece que esto y aquello son dos cosas distintas.

El liberal X expuso su vida en las barricadas, ó perdió un brazo á consecuencia de heridas, con cuya pérdida quedó sumido en la miseria; el demócrata H ha consumido su capital en facilitar recursos á los emigrados y en proporcionarse los medios de sustraerse él mismo á una persecución tenaz; los progresistas A, B, C han prestado muchos y relevantes servicios á la causa de la revolución; quién manteniendo vivo en la opinión pública el sentimiento de la libertad, quién agitando las masas con frecuentes publicaciones clandestinas; este haciendo oír una protesta enérgica en la moribunda tribuna, aquel or-

ganizando las masas populares para el día de la lucha.

¿Merecen estos hechos recompensa? ¿Son acreedores los progresistas A, B, C., el demócrata H y el liberal X á la gratitud de su patria? Y cuando hablo de gratitud no hablo de un agradecimiento estéril: ¿sí? enhorabuena; el Congreso, esa genuina representación (?) del país debe acordar para ellos indemnizaciones, pensiones, premios, lo que se quiera; pero ¿es lógico, es siquiera medio razonable que la administración pública quede á merced de hombres, acaso muy hábiles para conspirar, tal vez muy abonados para descargar un fusil, pero casi siempre ineptos para resolver el expediente más sencillo?

Pues qué, ¿porque tal general ó cuál otro hayan cooperado eficazmente al buen éxito de un movimiento revolucionario, puede entenderse que han comprado con esto el derecho de jugar con el país á su antojo, de erigirse en amos, de disponer según su voluntad de los destinos y de la voluntad de muchos millones de hombres?



Esto, así, á primera vista, parece que no tiene vuelta de hoja. Porque es lo que se dice: á D. Francisco Serrano, como vencedor de Alcolea, puede y aun debe agradecerse su eficaz apoyo; al regente de la nación, como gobierno, puede y aun debe exigirse cuenta de su conducta.

Pero basta reflexionar un poco y fijarse en la naturaleza real de las cosas, sin divagar por los espacios de la fantasía, para comprender que el razonamiento precedente flaquea por su base, siendo el castillo de naipes que el más leve soplo echa por tierra.

Recompensas nacionales; y ¿dónde hay dinero para eso? Pues andad y preguntad á Figuerola si puede añadirse esa partidilla (que no sería floja) al presupuesto.

Además, eso estaría bien, y casi parecería razonable, si las bellas utopías y los encantados sueños de los federales se realizasen alguna vez, que no se realizarán.

Si el empleado público fuese, como ellos quieren que sea (¡majaderos!) un servidor de la nación, un hombre probo, inteligente y activo que consagrara el resultado de su trabajo y las tareas de su inteligencia á ser útil al país prestándole verdaderos servicios. Pero ¿quién ignora que las cosas pasan de muy distinto modo? ¿Quién es hoy el cándido que no sabe cuán distantes nos hallamos de ese estado paradisiaco?

Siendo, pues, exacto, como lo es, que en el país solo hay dos especies de personajes, los amos y los criados, los que pagan y los que cobran, los que trabajan y los que explotan el fruto del ajeno trabajo, es innegable que la única recompensa posible y aceptable es hacer que un liberal pase desde la una clase á la otra, que mude de casta, que deje de ser criado para convertirse en amo, y esto sin obligación de dar cuentas á nadie, que para eso lo ha ganado por derecho de conquista, como el general Izquierdo, pongo por caso, ganó á fuerza de puños y de cavilaciones la capitánía general de Castilla la Nueva; y á ver, á ver si hay un guapo que se la quite.



Creo haber demostrado de un modo irrefutable que el gobierno obra dentro de su derecho haciendo todo lo que juzgue oportuno, cómo y cuando por conveniente lo tenga. No olvidemos esto: ellos, los ministros, son los amos; nosotros, los demás españoles, somos los criados; y si aun en España, tierra clásica de la democracia verdadera, es costumbre tradicional que el amo descienda frecuentemente hasta cultivar trato *cuasi* íntimo con el criado, es bien recordar que, cuando el caso llega, el amo recobra su puesto y torna al suyo el criado; aquel manda, este obedece y calla.

He creído muy del caso este recuerdo, porque me da en las narices olor de serias determinaciones. Es posible que nuestros amos, una vez abiertas las Cortes, quieran decirnos que lo son, y más vale que nosotros lo confesemos antes, y no haya algún discoloro que pretenda oponerse a esta justísima y razonable exigencia y todo lo eche a perder.

¡Toma, y vaya si habrá discoloros! Ahora mismo me está pasando por la imaginación que acaso nuestras Constituyentes se propongan votar monarca; pues bien, yo, yo mismo, que soy *de suyo* (como diría *La Iberia*) pacato y pusilánime—me ruborizo al confesarlo,—yo mismo creo que las Cortes no tienen derecho para llevar a cabo esta elección; creo más, creo con toda la profunda convicción que la evidencia produce, que las Cortes eligiendo al rey serían facciosas, y creo por *ende* (bien que esto no se lo digo a nadie) que el monarca, elegido así, sería un monarca *ilegítimo*, a quien el pueblo español no debería obediencia ni acatamiento.

Creo, y hay muchos que lo creen como yo, que el jefe del Estado solo puede ser votado por sufragio universal, ó bien por unas *Cortes especiales* convocadas y elegidas para ese único objeto.

Tristes consecuencias ¡que deploro! de las doctrinas subversivas que se han inoculado paulatinamente en las sociedades modernas.

A. Sanchez Perez.

ACLARACION.

Reunidos los que suscriben, en virtud de la autorización que les fué conferida por sus compañeros de la prensa, a fin de deliberar sobre algunos hechos recientes, declaran:

1.º Que manteniendo las protestas hechas en 19 de Octubre, así como condenan los ataques contra la prensa, condenan también los insultos y ataques injuriosos que la prensa dirige a las personas, y mucho más cuando para ello se prevalga del incógnito y del anónimo.

2.º Que en consecuencia de esto, condenan el hecho, que ha llegado a su noticia, de que un periódico de esta capital, después de atacar a individuos que componen una determinada clase, no ha presentado persona que asumiese la responsabilidad del ataque é hiciese las rectificaciones convenientes.

3.º Que la prensa asociada solo extenderá su acción a los periódicos que, adhiriéndose a su protesta, tengan en la asociación un representante.

Madrid 27 de Octubre de 1870.—Joaquín Maldonado Macanaz.—Nemesio Fernandez Cuesta.—Juan Antonio Almela.—Salvador Lopez Guijarro.—Luis Rivera.—Mariano Araus.—Manuel Henao y Muñoz.—Miguel Morayta.—Fermin Figuera.—Serafin Olave.

EL DIA DE DIFUNTOS.

El día de los difuntos
vísteme temprano, madre,
que son muchos los Borbones
y a todos he de rezarles.

El día de los difuntos
va el gobierno a la Asamblea,
y le cantarán lo mismo
que al conyudado de piedra.

El día de los difuntos
traje negro he de ponerme,
y me hincaré de rodillas
ante el palacio de Oriente.

El día de los difuntos
quisiera tener el gozo
de ver a los candidatos
disputarse los responsos.

El día de los difuntos
no se te olvide rezar
por el Concilio ecuménico
y la infalibilidad.

El día de los difuntos
ven al Congreso, chiquilla,
porque de cuerpo presente
estará la mayoría.

El día de los difuntos,
si no estoy muy ocupado,
me pongo corona y cetro
y me finjo muerto un rato.

El día de los difuntos,
día de rezo y olvido,
olvida al patriarca, y reza
por aquel millon y pico.

El día de los difuntos,
¿sería cosa de oír
a todos los que murieron
por nuestra guerra civil!

El día de los difuntos,
si la crisis se pronuncia,
rezaré unas frioleras
con bastante compostura.

El día de los difuntos,
político pecador,
abismaté en reflexiones
sobre la conciliación.

El día de los difuntos
decidle al duque de Aosta
que todo es polvo, ceniza,
humo, aire vano, parola,

El día de los difuntos,
¿con qué piedad ornaré
de olorosas siemprevivas
las tapias de Montpensier!

El día de los difuntos
toda la gente monárquica
alumbrará con velitas
la tumba de su esperanza.

El día de los difuntos
habrá movimiento en grande;
porque los ex-reyes vivos
tienen que felicitarse.

El día de los difuntos
¿cuántas madres llorarán!
Los que las quintas votaron
vayan a verlas llorar.

Roberto Robert.

FILOSOFÍAS.

Si yo no temiese hacer alardes inmodestos de erudición probaría, con la autoridad irrecusable de Bosuet, Alberto Durero, Taparelli, Goya, Orovio y otros sábios de la antigüedad, que *el análisis* es, vamos al decir y mejorando lo presente, un procedimiento artificial, una pura abstracción empleados como auxiliares poderosos en las investigaciones humanas.

La CIENCIA, por ejemplo, es una é indivisible—lo mismo que la república de nuestros vecinos;—nada significan en contra de esa unidad *ontológica* (!) las divisiones convencionales, casi siempre arbitrarias y empíricas en muchos casos que, para mejor estudiarla, han hecho en ella los hombres, iniciando esa *variedad en la unidad* de que tanto nos hablan muchos pensadores profundos—dicho sea con perdon:—pues bien, la CIENCIA absoluta no podría ser patrimonio del género humano sin que, reconociendo previamente nuestra pequeñez, no nos consagráramos a trabajar con separación, quién en tal ramo, quién en cuál otro de ese árbol frondosísimo y lozano. Así, solo así, ha podido realizarse el progreso en la medicina y en la jurisprudencia, en las matemáticas y en la química, ramificaciones todas que, como otras mu-

chas, solo son partes distintas de la CIENCIA ÚNICA, partes relacionadas entre sí, bien que esta relación sea en muchas ocasiones para nosotros desconocida.

El hombre, y vaya un segundo ejemplo, ha sido objeto de estudios constantes para el fisiólogo como para el psicólogo: el fisiólogo ha examinado separadamente todos los fenómenos de la vida animal, obteniendo por resultado de sus tareas explicar hasta en sus pormenores más minuciosos los órganos de nuestro cuerpo, los aparatos que del conjunto de estos órganos resultan y las funciones que cada aparato desempeña: y hoy nadie desconoce lo que significa la circulación de la sangre, y sabemos todos cómo la respiración se verifica. El psicólogo, apelando también a ese eficaz recurso que hemos llamado análisis, ha descubierto en nosotros aptitudes distintas, ha dividido los fenómenos morales según tenían su origen en la sensibilidad, en la inteligencia, en la voluntad. Hasta aquí el análisis; pero terminados estos estudios parciales e aislados, llega el caso de reconstruir la máquina, de estudiar al hombre en conjunto, en una palabra, de sintetizar, y justamente ahí comienza la dificultad del asunto.

Los fenómenos todos, los psicológicos y los fisiológicos, tienen entre sí íntimo enlace: ya es un acto de la voluntad que evidentemente se modifica por una digestión difícil; ya es un sentimiento que varía según las modificaciones de la circulación, y todo induce a creer que es tan indivisible, tan esencial la unidad en el hombre, que ni un solo cabello puede tocarse en él sin que este hecho ejerza influencia más ó ménos visible en todo su sér.

Ahora bien; el universo, todo lo que existe en las regiones del espacio infinito, es como el hombre, una unidad *sintética*.

Desde el grandioso planeta que recorre majestuosamente su inmensa órbita, hasta la débil hoja que el viento mueve, existen numerosísimas partes del todo universal, unidas entre sí por relaciones misteriosas que, si para nosotros son inexplicables, acaso no lo sean para las generaciones de mañana.

Cuando todas las relaciones sean conocidas, la CIENCIA habrá dicho su última palabra; porque la sabiduría es el conocimiento exacto de las relaciones.

Creo que basta con lo dicho para tranquilizar a los que, juzgando con precipitación, censuran a los sábios del Observatorio astronómico por haber formulado en un documento oficial la siguiente pregunta: «¿Qué relación *(Ahi lo tienen Vds.: siempre las relaciones.)* hay entre las auroras boreales y los trastornos y desdichas terrenales?»

Bien examinadas las consideraciones precedentes, ¿qué hay de singular en esta sencillísima pregunta? Nada más natural, nada más lógico.

¿Es ó no un hecho que los acontecimientos que en el universo se realizan están íntimamente relacionados entre sí? ¿Es ó no es cierto que en la naturaleza no se dan, no pueden darse efectos caprichosos, y que cuantos acacen están sujetos a leyes inmutables, eternas, conocidas unas y estudiadas, desconocidas otras, pero innegables? Pues si esto es así, como en efecto lo es, yo tengo derecho para preguntar, sin que el mundo me tome por un mentecato, y sin que nadie se ria con justicia de mi pregunta: ¿Qué relación puede haber entre la Hacienda española y los satélites de Júpiter?

Se dice que hay crisis; ¿qué relación existirá entre esa crisis y las manchas del sol? Un tren descarriló hace algunos días entre Córdoba y Málaga; ¿qué relación existe entre este hecho y la insurrección de Santo Domingo?

Y no hay duda, no se rian Vds., ó admitimos el absurdo de que pueden producirse efectos sin causa, ó el hecho de que una bocanada de viento arranque el sombrero de la cabeza de un transeunte tiene alguna relación más ó ménos lejana con el próximo eclipse de luna: el can que ladra, la tórtola que arrulla, el grillo que canta tienen alguna relación con la guerra que empieza, con el terremoto que amaga, con la peste que aterra.

Pues si yo, simple mortal ó mortal simple—no riñamos por esto—puedo hacer esta pregunta, ¿cuánto más no podrá hacerla el Observatorio astronómico, que viene a ser—sin ofender a nadie—una especie de *federis arca* entre los sábios y los ignorantes?

Sí, señor, entre las desdichas humanas y las auroras boreales debe existir una relación: yo no sé cuál es, como desconozco la que hay entre el dolor de muelas de mi vecino y el último Concilio ecuménico; pero en que la hay no tengo duda. Y observen Vds. con cuán-



—Ahora me van á votar á mí.
 —Ó á mí.
 —Ó á mí.
 Una señora al paño.—Probablemente botarán á los tres.

ta modestia dicen los sacerdotes de la ciencia, lo mismo que yo, infeliz profano, acabo de decir: *no lo sabemos*.

Es verdad que su amor propio de sábios se subleva contra tan excesiva humildad, y añaden, como correctivo al *no lo sabemos*, el *de cierto*, que vertido al romance viene á significar: «sí, presumimos cuál pueda ser esa relacion, casi, casi, podríamos explicarla; pero no tenemos absoluta certeza de que sea así, y no es bien que aventuremos hoy opiniones que hubiéramos de rectificar mañana con grave desprestigio de nuestra reputacion de sábios.»

No van descaaminados en esto, y yo debo darles la razon, por más que lamente en el alma que los hombres de ciencia no hayan dicho—aunque hubiera sido hipotéticamente—lo que sobre caso tan curioso presumian.

Esto hubiera yo apetecido; pero reconozco que los sábios han hecho perfectamente.

Por hoy, un pensador lo ha dicho, la fórmula del estado de la ciencia humana es la duda: la síntesis de toda la sabiduría nuestra se halla en esta palabra, llena de incertidumbre: *¿quién?*

Los autores del documento á que aludo han dado por consiguiente señales de su sabiduría, encerrando tan grave cuestion en estas sencillas palabras:

«¿Qué relacion hay entre la aurora boreal y los trastornos y desdichas terrenales? No lo sabemos de cierto.»

Que no parece sino que está escrito para que el pio lector exclame: *ni yo tampoco*.

DOS AÑOS.

I.

¡Mueran los tiranos! ¡Abajo las quintas! ¡Abajo los Borbones! ¡Arriba la marina! ¡Arriba el ejército! ¡Viva el pueblo soberano!

Despues músicas, timbales y trompetas, bailes y luminarias. ¡Hemos triunfado, España es libre!

¿Sí? Pues grados, condecoraciones, empleos, *Te Deum*, expansiones populares, fraternidad universal. ¡Todos somos unos! ¡Todos iguales y libres!

El País.—Pues ¡viva la república federal!

—No, ¡viva Montpensier!
 —No, ¡viva Espartero!
 —No puede ser nada de eso. Esperemos.

II.

Esperemos pues. Constituyámonos. Hay que proceder con calma, con orden; afirmemos ante todo los grandes principios. Introduzcamos en la práctica las ideas democráticas. Yo he sido el defensor del programa durante largos años.

El País.—Es verdad. ¡Abajo las quintas!

—¡Fuego á esos!
 —Pero el programa....
 —No hay programa. ¡Fuego!
 —Pero está prometido....
 —Pero no puede ser.

III.

Ea, vamos á hacer una monarquía democrática. Una Constitución que contenga un artículo que trate de rey.

—¿Rey? Viva Montpensier.

—No nos precipitemos... Además, Montpensier es francés.

—Y es Borbon.
 —Y no fué á Alcolea.
 —Porque no pudo.
 —Ni fué á Cádiz.
 —Porque no le dejásteis vosotros.
 —¿Pero hemos de escandalizar entre amigos? ¿Qué dirán los republicanos?
 —Que les haceis vosotros el caldo gordo.
 —Sí, de su propia carne.
 —Convinimos en que seria Montpensier.
 —Convinimos... pero no puede ser.

IV.

Ajá. Ya tenemos Constitucion democrática con seis líneas de monarca.

Vamos al monarca.
 —Vamos. Yo creo que Espartero...
 —No puede ser.
 —Es verdad. Yo creo que Montpensier...
 —Imposible....
 —Yo creo que la república.
 —¡Fuego á esos!
 —Pero yo no hago más que proponer...
 —La proposicion es facciosa. ¡Ministeriales, unámonos y tengamos pronto rey!
 —Sí, sí, Montpensier...
 —No, no, Espartero...
 —Silencio. Esperad unos dias. Me ofrecen un monarca extranjero, nuevo, robusto, ilustrado...
El País.—¿Me da Vd. entre tanto un pedacito de pan?
 —Estamos ocupados; no puede ser.

V.

Las fracciones disidentes llegan; van á dar una campanada...

—Esperen en nombre de la patria; que casi tengo seguro el rey.

—¿En qué quedamos? ¿Dónde está ese rey?
—Lo tenía ya en la mano y se me ha escapado.
—Pues ¡viva la rep...!
—Alto, esperen Vds., que me pica otro y voy á sacarlo.

VI.

El público se cansa de esperar. ¿Trae Vd. eso?
—¿Qué es eso?
—¿Qué ha de ser? El rey.
—¡Ah!... es verdad. Diga Vd. al país que se siente un momento; que voy á buscar el candidato.
—¿Todavía estamos en eso?
—Está cerca. En dos saltos voy y vuelvo.
El País.—Caballero gobierno, ¿me da Vd. un pedacito de pan?
—Espere Vd. un momento. Vuelvo en seguida y traigo pan y rey.
—Es que si tarda, nosotros no esperamos más y damos el grito.
—Y nosotros también.
—¡Ya vuelve! ¡A verlo, á verlo!...
—El que tenía no puede ser; pero me han ofrecido otro. Lo empaquetaban ya, y he querido adelantarme para daros tan fausta nueva.
—¡Bravo! ¿Cómo se llama?
—¡Silencio! Su nombre no puede revelarse todavía...
El País.—Caballero, ¿me da Vd. una limosna?
—Espere Vd. un momento en la antesala. No dejen entrar á nadie; que estamos ocupados.

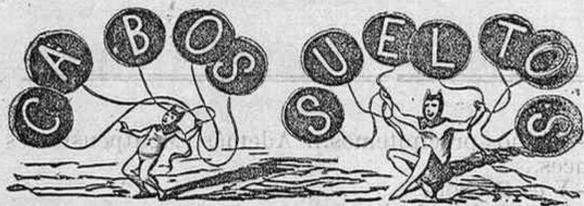
VII.

—Y diga Vd., ¿qué hay de rey?
—¿De qué rey?
—Del que nos dijeron que iban á traer.
—Ya lo tenemos seguro. Voten Vds. las atribuciones...
—¿Para qué si tenemos seguro el rey?
—Para entre tanto...
El País.—Caballero, una limosnita...
—Dios le socorra.
—Mire Vd. que estoy enfermó y tengo hambre...
—Dios le socorra, he dicho.
—Mire Vd. mis llagas...
—No puedo ver lástimas. Quítese Vd. de ahí, que acabo de almorzar y padezco del estómago.

VIII.

—Con que vamos á ver, ¿tenemos rey?
—¿A cuántos estamos?
—¿De qué?
—Del mes.
—A 31 de octubre de 1870.
—Pues yo he esperado dos años para no hallarle, bien puede Vd. esperar otros dos.
—Es que...
—¡Silencio! Orden del día para mañana. Buscar rey.

Roberto Robert.



Si no leo mal un párrafo de periódico de la situación, hay demócratas que siguen al Sr. Martos, demócratas que siguen al Sr. Becerra y demócratas que siguen al Sr. Rivero.

Parece un partido en seguidillas.

—¡Hay en España quien paga todavía el cuarto del cartero!
—Y aun hay quien paga diezmos.
—Ergo, sobra dinero.

Parece que en Carmona ha sido atropellado en la calle el director del periódico *El Grito Carmonense*.
¡Todavía se conserva algo tradicional en toda España!

Ayer á última hora no se sabía nada del candidato, ni de los latro-facciosos de Aranda de Duero, ni de la Compañía de la Porra.
¡Al fin respiramos!

Asegura un colega que la única manera de que haya rey votado por la Asamblea consiste en que se unan todos los diputados monárquicos.

Si esta es la única manera, ¡viva la república!

—Diga Vd., ¿no estuvo Vd. sirviendo á los moderados?

—Sí. Entonces no era yo hombre político.
—¿No le dieron á Vd. un ascenso los unionistas?
—Sí. Para no ver los males de la patria y no tomar partido por nadie, pedí que me trasladaran á Ultramar.
—Y hoy, ¿está Vd. con los demócratas?
—Sí. Hoy soy hombre político.
—¿Y si mañana gobiernan los republicanos?
—¡Calle Vd.! ¡Qué horror!
—Pero si al fin gobernasen...
—Pediría volver á Ultramar con mi ascenso.

En las Descalzas Reales
dieron ya con sus cuerpos las Salesas;
¡oh dioses inmortales!
¿Así tratáis vuestras mejores presas?
Yo imaginé ¡ay de mí! que tierra y cielo
se vendrían *al suelo*;
que las flores tornáranse mastranzos;
que se volvieran duros los garbanzos;
pero ¡nada! Prosigue su carrera
el sol en la alta esfera,
y aquí abajo ninguno ha conocido
la alteración más leve en el cocido

En París se crea un cuerpo de amazonas: no le den Vds. vueltas; ni los héroes ni las heroínas pueden crearse oficialmente.
Nacen ellos en el momento del peligro.
En Zaragoza no había cuerpo de amazonas.
Con que no hagan Vds. niñerías.

Del Museo de Versalles han desaparecido algunos cuadros de mucho valor.
No lo extraño; siempre fueron los alemanes muy dados á las bellas artes.
Y ¿quién sabe? Puede ser que algunos de esos cuadros nos pertenecieran de derecho: porque—yo no sé si Vds. lo habrán olvidado—también de nuestro Museo desaparecieron algunos.
Con más *varias* alhajas de varias catedrales.
Por eso decía.

Dice *La Correspondencia*:
«El Sr. Sagasta no ha concurrido al Consejo, pues cuando éste (*¿El Consejo?*) subía la escalera, se encontró á sus compañeros que ya salían.»
Señor, para decir que el Sr. Sagasta había sido perezoso no era preciso dar tan minuciosos pormenores.
Ni me parece muy atenta la conducta de sus compañeros que no le esperaron.
Vamos, lo repito, eso no está bien.

Un hermano del mariscal Bazaine ha publicado una carta en los periódicos ingleses manifestando que el general no olvidará nunca que se llama mariscal de Francia.

Ahora comprendo la capitulación de Metz.

Dicen que el ministerio piensa presentar á las Cortes, al abrirse la próxima legislatura, un memorandum ó exposición de su conducta durante el interregno parlamentario.
Eso, eso; á ver si el regente da razon de los inocentes perdigones á quienes dió muerte cruel en San Ildefonso.

Supongo que con este motivo sabremos cuánto vino á costar la última gran revista.
Es solo por curiosidad.

Los oficiales prusianos confiesan que el tífus, Bazaine y el desvelo son tres grandes enemigos.
¡Ingratos! Y para nada se acuerdan del rey Guillermo, verdadero causante de todo.
¡Oh reyes! Desvelaos por vuestros amados súbditos y recibiréis este pago.

Al actor D. Antonio Pizarroso le han dado una encomienda de Isabel la Católica.
Lo siento. Quiero bien al actor, y me pesa de verle equiparado al polizonte Redondo.

—En prueba de que soy liberal, sepa Vd. que he estado cesante desde 1856 hasta fines de 1868.
—¿A mí qué me cuenta Vd.? Cuénteselo Vd. á los unionistas ó al general Prim, á ver qué les parece la prueba.

La Epoca atribuye á ciertas predicaciones (á los rojos) una degollacion de carneros que ha habido en Aranda de Moncayo.
Afortunadamente esa degollacion no ha sido de judíos, y así se ha ahorrado *La Epoca* el compromiso de atribuirle á las predicaciones católicas.
¡En todo tiene suerte!

Me restrego las manos de gusto, me echo atrás el sombrero y me pongo á reír como un buen católico de esos que abandonan al Papa.

¡Si señor, me río, me río, me río, me río!
¿Pues no es cosa peregrina leer los periódicos monárquicos?
¡Qué oposicion, qué ataques, qué gresca... santos cielos!

Los montpensieristas, los esparteristas, los alfonistas y los carlistas arremeten contra los primistas. Y unos contra otros, y aquel á este, y todos á uno, por mitades, por cuartas, por de frente y por los flancos.
Periódico hay que defiende á un ministro y ataca á otros dos.

¡Qué dulce concordia!
Estoy por encargar á Ortego que haga una caricatura pintando el orden monárquico á navajazos, y á la demagogia restregándose las manos con la mayor formalidad.

¡Pero si no lo creará la historia!

El editor San Martin acaba de dar á luz cuatro tomos de rechupete.

Estos cuatro tomos encierran los escritos y discursos políticos y sociales de Emilio Castelar, y con esto está dicho todo.

Dirigirse á la librería de San Martin, Puerta del Sol, 6.

De Lóndres se han recibido telegramas diciendo que la candidatura de Aosta no tiene *fundamento serio*.

Como las otras.

Seriedad y monarquía son incompatibles.

Dice un diario noticiero:
«Anoche celebraron una conferencia, á cuyo fin comieron juntos, los Sres. Rivero, Moret, Echegaray y Rodriguez (D. Gabriel).»

Estos señores pudieron celebrar conferencia sin comer juntos.

Pudieron también comer juntos y no celebrar conferencia.

En uno y en otro caso habrían estado perfectamente en su derecho.

Lo que no me explico es la justificación del diario noticiero.

—La conciliacion ha fracasado.

—La conciliacion está en alza.

—Ya no hay conciliacion.

—Ya sí hay conciliacion.

Caballeros, ¿quieren Vds. hacerme el obsequio de tener un poco de formalidad?

No parecen bien esas cosas en hombres serios, ¡qué demonio!

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPAÑIA ESPAÑOLA
GRAN FÁBRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID.

PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPAÑIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FÁBRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fábrica de la ESPAÑOLA.

Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.

La fábrica puede visitarse libremente.

CHOCOLATES DE MADRID.

COMPAÑIA COLONIAL.

FÁBRICA MODELO FUNDADA EN 1854.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS Y TÉS SUPERIORES

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLF DE LA CABEZA, 27.